

De un mundo a otro
Adolfo Bioy Casares



Lectulandia

Un periodista argentino llamado Javier Almagro y su novia, la astronauta Margarita, emprenden un histórico viaje espacial a bordo de una pequeña nave. Durante el trayecto ocurre un accidente que los obliga a descender en un misterioso planeta habitado por seres parecidos a pájaros y dotados de razón. Esta raza ha construido grandes ciudades y posee una compleja organización social que en muchos aspectos recuerda a la de los terrícolas. Adolfo Bioy Casares, maestro indiscutible de la literatura fantástica hispanoamericana, nos entrega un amenísimo relato de ciencia-ficción que funciona, al mismo tiempo, como una regocijante sátira donde podemos descubrir los desasosiegos e incertidumbres del hombre contemporáneo. Todo ello descrito con la elegante y sutil ironía que caracterizó al autor de *La invención de Morel* y *La trama celeste*.

Lectulandia

Adolfo Bioy Casares

De un mundo a otro

ePub r1.0

Titivillus 16.12.16

Título original: *De un mundo a otro*
Adolfo Bioy Casares, 1998

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de H. G. Wells

1

Después de que almorzaran en un restaurante de la calle Guido fue a dormir la siesta con su novia Margarita, en casa de ella. Esa tarde, parecida a tantas otras en que Margarita durmió entre sus brazos, de algún modo fue excepcional: jamás como entonces Javier Almagro tuvo la convicción de que Margarita se le entregaba tan enteramente. Por algo se dice que para todo, en este mundo, hay un término. A las cuatro y media de la tarde, puntualmente, se levantaron, se vistieron y cada cual partió a sus obligaciones: ella, a dar el último examen de la carrera de astronauta; Almagro, a la redacción del diario en que trabajaba.

Seguro de que Margarita había aprobado su examen, Almagro dejó pasar horas antes de felicitarla. A eso de las once de la noche trató de llamarla por teléfono. Mientras formulaba mentalmente una excusa para su tardanza, oía el consabido, insistente, rumor de llamada... Tuvo que resignarse a una desagradable conclusión: Margarita había salido. ¿Adónde? ¿Con quién? Por más que se repetía: «Margarita me quiere», «Margarita no me engaña», «Margarita es leal», desesperó. Empezó obstinadas idas y venidas, levantó los brazos y mesó los pocos pelos de su cabeza. Comprendió que no toleraba la situación, que un remedio provisorio, pero remedio al fin, sería meterse en un cinematógrafo. Vio en el diario que en el Astral había función de traspasado. Reflexionó: «Pasando de una función de cine a otra, el mismo camino hacia la muerte sería, para mí, llevadero». Se largó, pues, al Astral.

Mientras miraba por la ventanilla del taxi que lo llevaba, ocurrió un hecho extraño. Al ver el comportamiento normal de la gente en la calle, pensó que él era el único trastornado y logró reaccionar. Esforzándose un poco, razonó: que Margarita no estuviera en su casa no era prueba de que estuviera con otro hombre. Las palabras «otro hombre» despertaron pasajera su ansiedad.

En el *hall* del Astral tuvo que esperar un rato, hasta que la función anterior concluyera. De pronto vio con alivio que los acomodadores abrían las puertas y, enseguida, empezó a salir un río de gente un poco deslumbrada por la luz del *hall* y seguramente comentando la película que habían visto. Súbitamente la escena se animó. Sorprendido, atónito, vio con desesperación lo que había imaginado: a dos pasos de él, hablando animadamente con un desconocido, pasó Margarita.

2

Desayunaron en La Rambla, como todos los días. En un tono que pretendía ser despreocupado, Javier comentó:

—Ayer a la tarde, después de la siesta, creí que ibas a dar un examen (en ese momento, sin advertirlo, levantó la voz) pero no que ibas a encontrarte con un hombre.

Sonriente, nada perturbada, Margarita le tomó las manos y dijo:

—Si lo que te importa es que no te haya engañado, no te hagas mala sangre. Nunca he sentido ganas de engañarte. Si alguna vez me da por ahí, te avisaré.

La última frase disgustó un poco a Javier, pero entendió que debía dejarla pasar. No pudo, sin embargo, omitir la pregunta:

—¿Quién es el individuo que te acompañaba?

—Un muchacho de la Facultad. No te preocupes. No me gusta.

Como si tuviera un arranque de inspiración, Javier arremetió con una arenga que sin duda ella estaría cansada de oírle: esencialmente consistía en asegurar que si ella lo quisiera como él la quería serían felices.

—Lo somos —aseguró Margarita y, mirándolo con ternura, explicó:

—Yo creo que tuve mucha suerte de encontrarte, pero a veces desearía que hubieras aparecido en mi vida un poco después. Soy muy joven, hay una sola vida y no quisiera morir sin haberla vivido plenamente; pero no hagas caso de lo que te digo. Nunca me consolaría si te perdiera.

3

Esa misma tarde Javier consiguió que el director del diario lo recibiese. El personaje es bastante ridículo: tiene una barriga prominente y con sus brazos cortos, sus piernas largas, parece una rana; es flaco, se diría contraído y a cada rato se agita en contorsiones nerviosas, que han de ser intentos de aflojarse. Según Javier, todo pretexto es bueno para irritar al director; pero nada lo irrita como la entrevista pedida por cualquier persona que trabaja en el diario. Cuando Javier le dijo que se había enterado de que el gobierno respaldaba un proyecto de lanzar una nave a un vuelo interplanetario, estremeciéndose de furia el hombre exclamó:

—Este país no tiene arreglo. Cuando hay tanto por hacer ¡gastar millones en semejante fantochada!

Javier tuvo que hacer un esfuerzo para no renunciar a su propuesta. Dijo:

—En mi modesta opinión, prestigiaría al diario que uno de sus cronistas viajara en esa nave y enviara notas exclusivas...

—Su modesta opinión me tiene sin cuidado —replicó el director. Por nada permitiré que mi diario se haga cómplice de tan absurdo proyecto.

Pasó una semana sin cambios en la situación. Margarita ciegamente creía que iban a elegirla para manejar la nave interplanetaria. En cuanto a las esperanzas de Javier de ir con ella seguían siendo nulas.

Una tarde Javier llegó al diario después de hora. Su amigo, el cronista de cine, le dijo:

—El viejo te espera. No sé si felicitarte o compadecerte. De que has llegado tarde está informado.

Cuando Javier entró en el reducto del director, el hombre levanto los brazos y dijo:

—Estaba impaciente por verlo, porque en estos días pensé mucho sobre un tema que le interesa. Nuestro país ha resuelto mandar al espacio una pequeña nave, algo totalmente nuevo... Hablé con las autoridades acerca el proyecto y logré la promesa de que un cronista de mi diario participe del viaje. Piénselo bien: le doy la oportunidad de ser el protagonista de un viaje histórico. En resumen, amigo mío, prepárese para partir en cualquier momento. Sé muy bien que los días de espera van a ser duros para usted. Rechace, como un hombre, el inevitable fantasma del miedo. Me afirman que usted viajará en las mejores condiciones de seguridad. Piloteará la nave alguno de los veinte jóvenes astronautas, que constituyen el honroso plantel que el país preparó para afrontar la posibilidad de esta gran hazaña.

Javier lo miró con odio; para no tomar las cosas a lo trágico, solía compararlo con animales. Ahora el director, con sus brazos cortos y sus piernas largas, le pareció un canguro. Ya se iba cuando el director le dijo:

—Usted comprenderá que yo no puedo permitir que en ese viaje histórico participe el cronista de otro diario.

5

La madre había muerto en 1994; desde entonces el padre seguía viviendo en la vieja casa de la calle Hortiguera al quinientos (en una casa donde funcionó una prestigiosa imprenta), a pocos pasos del Parque Chacabuco. Cuando Javier fue a despedirse lo encontró en el escritorio, jugando con un lápiz. Tenía buenos colores en la cara; su cabeza, que era grande, parecía desnuda porque estaba rapada. No usaba anteojos. En una jaula había un loro muy verde.

—Vengo a despedirme, padre. Me voy de viaje.

—¿Adónde? —preguntó el padre.

—¿Adónde? —repitió el loro.

—A ver si me ayudas —dijo el padre. Se ocupa del campo: once letras.

—Agropecuario —contestó Javier.

—Gracias, estoy orgulloso de vos, hijo mío. Otra pregunta: curiosidad sexual. Nunca los hubo y siempre los hay. Doce letras. Concluye en A.

—Hermafrodita.

—¡Qué hijo tengo!

—Tengo —dijo el loro.

—No te alegres demasiado, padre. Me voy de viaje. Si me extrañas como yo te extraño cuando no te veo...

—¿Qué vas a hacer en Montevideo? Antes de irte podrías darme otra mano. Raro. Empieza con H. Once letras.

—No sé qué puede ser, padre: pero me voy, porque estás muy ocupado...

—Cuando empiezo unas palabras cruzadas, no las dejo a medio llenar... en fin, cuando puedo. Me parece que ha de ser *heterogéneo*.

—Genio —dijo el loro.

Javier suspiró y dijo:

—Bueno, padre, me voy. Tengo que dejar aquí todo arreglado, porque la ausencia puede ser larga...

El padre se incorporó, lo abrazó y preguntó con voz trémula:

—¿Vas lejos? ¿Por mucho tiempo? ¿Piensa que sin tus visitas no sé qué será de mí!

—¿Qué le vamos a hacer? No creas que me voy contento. Hay que sobreponerse... Siempre te quedan las palabras cruzadas y el loro.

—No seas tan severo conmigo.

—No quiero serlo. Vine a despedirme. Trataré de que tengas noticias mías.

—Mías —dijo el loro.

—Sé que no bien te vayas —dijo el padre— me voy a arrepentir de no haberte preguntado nada sobre tu viaje...

—Prometo —dijo Javier, mientras abrazaba a su padre— tenerte informado.

Cuando Salió a la calle respiré profundamente. La visita a su padre lo había

entristecido. Ya se sabe: la vida es implacable y cuando la vejez llega nos aísla, nos tapa los oídos, nos quita la luz de los ojos; por todo eso, por un tiempo, nos sumimos en la tristeza y, por último, lo que es mucho peor, caemos en la indiferencia. Sí, por un rato había sentido que su padre estaba fuera de alcance, pero, acaso afortunadamente, en el momento de la separación, o poco antes, dejó ver su tristeza y también su afecto.

Después de caminar unas cuadras encontró un teléfono público, pero no pudo comunicarse con Margarita, porque el aparato estaba descompuesto.

Se internó en el Parque Chacabuco y un poco en broma lamentó que no fuera de noche, porque entonces habría más probabilidades de que lo asaltaran. Sí, un buen asalto, con el correspondiente maltrato, quizá le permitiera olvidar por un tiempo el malhadado viaje que al día siguiente a la mañana lo alejaría ¿para siempre? de Margarita.

A1 anochecer, cansadísimo, llegó a la Plaza Irlanda. Comentó consigo que las plazas de Buenos Aires eran hermosas y también la circunstancia extraña, pero desprovista de interés, de que las dos personas a quienes quería abrazar antes de partir vivían cerca de plazas: su padre y Castro, el amigo de toda la vida. Se dijo: estoy pensando en estas necedades, para olvidar lo que me espera. Dobló por la calle Neuquén y a pocos pasos encontró la casa de su amigo. Era diminuta, de techo rojo y en punta, como los de algunos campanarios, y precedida por un jardín exiguo, muy mal cuidado. Castro lo recibió afectuosamente. Muy pronto Javier, que no tenía secretos para él, le anunció el viaje y le explicó la situación con Margarita. El amigo le dijo:

—Yo seré un tipo raro, pero sistemáticamente me opongo a que los otros me obliguen a hacer algo que no quiero. ¿Por qué aceptaste participar en ese viaje espantoso? Nada más que para no separarte de Margarita y ahora, que ella no va, ¿por qué inexplicable razón arriesgas la vida? Te digo con la mano en el corazón: lo más probable es que no llegues a ninguna parte y que te pierdas en el espacio. Pero si llegaras a otro mundo, lo que me parece improbable, ¿has pensado en lo que allá vas a encontrar? A lo mejor seréis rarísimos, que los atacarán a ustedes y los matarán.

Javier se había cuidado muy bien de explicar que por toda tripulación irían él y un astronauta encargado de la conducción de la nave.

6

Después de la tirada para persuadir a Javier de que renunciara al viaje, Castro refirió con lujo de detalles la situación que estaba viviendo: una mujer, a la que no quería, parecía dispuesta a dejarlo, actitud que lo fastidiaba, aunque tal vez hubiera otra mujer, por cierto no más atractiva, dispuesta a juntarse con él. Castro se animaba visiblemente a hablar de este enredo y dejaba ver que había olvidado por completo el hecho de que su amigo estuviera a punto de exponer la vida en un viaje que él mismo había calificado de suicida.

Como Castro no lo invitó a cenar, Javier se preguntó a dónde iría. Sin pensarlo más dirigió sus pasos rumbo al centro. Estaba cansado, cosa que lo alegraba. Tal vez embrutecido por el cansancio no cavilaría. Desde un teléfono público intentó en vano comunicarse con Margarita. Pensó: «Más vale que ya empiece a perderla, porque no me extrañaría que durante mi ausencia me deje por otro». Cansadísimo llegó a Corrientes y Carlos Pellegrini. Se encaminó al teatro Porteño, donde en la función de traspasaban una película titulada: *El Porteño de los años treinta y sus treinta caras bonitas*.

Eligió una butaca en la última fila, para tener salida fácil si la película era tediosa. No lo era. Entre las coristas, las «caras bonitas» del título, entrevió a una de quien, años atrás, llegó a enamorarse. Lo que realmente lo conmovió fue ver y oír a Sofía Bozán que en la película cantaba con gracia y desenfado «Flor de fango, Haragán, Mi noche triste, Ivette, El Entrerriano, Hotel Victoria». Salió del Portefio y, ebrio de cansancio, se encaminó a la Costanera Sur. Cerca de la fuente de Lola Mora, estuvo un rato mirando el amanecer en las aguas de color leonado del Río de la Plata.

A eso de las ocho de la mañana, como si no estuviera cansado, caminó hacia la avenida Leandro Alem, donde tomó el taxi que lo llevó a su casa. Antes de entrar, cruzó la calle y, en el modesto supermercado del barrio, compró seis cajas de galletitas de trigo de no recuerdo que marca.

Ya en su casa, de lo alto de un armario bajó una valija, la abrió en el suelo y fue poniendo en ella dos trajes, uno de invierno y otro de verano, un poncho de vicuña, tres pijamas, tres camisas y tres de las otras prendas del vestuario masculino.

Tan cansado estaba que barajó la idea de echar un sueñito antes de partir a Ezeiza. Prudentemente la descartó; en el lavatorio mojó su cara en agua fría, empuñó la valija y, tambaleándose, bajó a la calle y tomó el primer taxi que pasó. Dijo al chofer:

—A Ezeiza.

El taxista se volvió hacia él y le preguntó:

—No me diga que va a despedir a ese par de locos...

—¿Qué par de locos?

—Esos que se van a visitar planetas...

—Yo soy uno de ellos.

—¿Oí bien lo que dijo? ¿Usted se larga al espacio? ¿No se muere de miedo? Cuando le cuente a mi señora que usted viajó en mi taxi... Le juego cualquier cosa a que no me cree.

Ya cerca del aeropuerto un policía pretendió impedirles el paso. El chofer protestó:

—¿Cómo no va a dejar pasar al señor? Es uno de los que va más allá de la estratósfera.

Cuando Almagro quiso pagar el viaje, el taxista le dijo:

—Me doy por bien pagado de haberlo traído a usted.

Preguntó Almagro:

¿Y le va a decir a la patrona que no quiso cobrarme?

—No, tan sonso no soy. Nunca me lo perdonaría.

Abriéndose paso entre el gentío, llegó a la aeronave. Ahí estaba esperándolo Margarita. Absorto y feliz, preguntó:

—No me digas que te eligieron a vos...

—Claro. Te lo dije. Estaba segura.

—¿Porque tu examen fue brillante?

—Por eso y por algo que no cuentes a nadie. Cada uno de los veinte astronautas preparados para este vuelo, se excusó con toda suerte de pretextos. La verdad es que estaban asustados. Y vos, sin ninguna obligación, te presentaste... Estoy orgullosa de mi Javier y, aunque debiera retarte, voy a darte un beso.

Cuando se lo dio, el público aplaudió frenéticamente. Una banda rompió a tocar la Marcha de San Lorenzo y, después, el Himno Nacional. Almagro sintió lágrimas en los ojos.

Le primero que apareció en su imaginación cuando vio, desde la portezuela el interior del habitáculo, fue la casa de un amigo, coleccionista apasionado de trenes en miniatura: surcaba en todas direcciones el piso de la planta baja, una red de vías para sus trenes de juguete. En seguida advirtió una diferencia: las del habitáculo eran de trocha más ancha. En el extremo de la red que llegaba a la portezuela había dos pares de botines blancos.

Margarita explicó:

—Les más chicos son para mí. Con esos botines podremos movernos dentro de la aeronave sin flotar como globos cuando salgamos de la zona de gravedad. Me dijeron que el sistema es parecido al de las ruedas del antiguo tren trasandino que iba de Mendoza a Chile; si quisieras levantar esos botines, no lo conseguirías, pero ya verás que se deslizan admirablemente por los rieles; uno camina con ellos de manera parecida a la de los esquiadores. Al principio cuesta trabajo, pero después uno avanza bastante bien, aunque más vale no estar apurado.

Al principio Javier pensó que la aeronave estaba sabiamente diseñada: había una sala de estar sin ventanas, pero con un ojo de buey. Vio allí una mesa, una silla, un sillón, una cama, un armario, un aparato de radio que resultó receptor y transmisor y, en un rincón, una suerte de biombo inamovible que ocultaba un baño con todo lo necesario. Después Javier estuvo menos conforme. No sabía por qué las paredes, pintadas de negro, daban al habitáculo un aspecto de calabozo. Lamentaba aún más que una pared, provista de una puertita de cierre automático, separaba al pasajero del conductor, a él de Margarita. En un largo viaje, como el que iban a emprender, eso no sólo resultaba ingrato, sino también peligroso. En la pared opuesta al ojo de buey había, a un metro y pico del piso, un rectángulo blanco.

Antes de la partida un changador de Ezeiza adose a él y a Margarita sus respectivos paracaídas. El mismo individuo ceremoniosamente mostró las puertas por las que se lanzarían al espacio en caso de accidente: la de Margarita estaba en el

cuarto de mando, la de Javier, en la sala de estar. La disposición de estas puertas lo preocupó. «Si llega el momento de tirarnos... que lo hagamos juntos; pero mejor no pensar en cosas horribles».

Después de las primeras catorce horas de vuelo, Almagro debió de quedarse dormido, porque el llamado de Margarita lo despertó. En seguida, con movimientos desmedidos, se lanzó trabajosa y lentamente a su encuentro. Margarita le dijo:

—Te llamé para que me releves cuando el sueño me venza. Pilotear este aparato es más fácil que manejar un auto.

—Yo no estaría tan seguro —se defendió Javier. En esa aparente facilidad ¿no habrá peligro? Te lo digo con la mano en el corazón: no me parece prudente que yo maneje.

Margarita se rió como si él hubiera dicho algo muy gracioso. Luego explicó:

—Tengo sueño y al sueño nada lo para. Tendrás que manejar. Avanzamos a toda velocidad por un espacio más desconocido de lo que suponen los astrónomos. Abandonarnos al piloto automático me parece peligroso.

Javier no estuvo convencido de que Margarita hablara en serio, hasta que ella se levantó y le pidió que la reemplazara en su asiento.

—No tengas miedo. Mi sueño es liviano. En case de peligro, despertame.

Después de largas horas, que a Javier parecieron interminables, Margarita despertó. Comentó:

—Qué bueno dormir. ¿Te asustó pilotear?

—Me gustó. Los amigos no van a creer si les cuento que manejé este aparato a una velocidad que supera tres veces la de la luz.

—Cuidado. No te equivoques —corrigió Margarita. Enfatizando cada palabra, aclaró—: Supera tres veces la velocidad del sonido.

—Tanto da... Una velocidad espantosa. A mí me abrió el apetito.

11

—Si te parece, almorzamos —propuso Margarita.

El almuerzo fue de trámite complicado, sobre todo para Javier. La vajilla, los cubiertos, la comida —todo— se le escapaba y flotaba en el aire mientras Margarita, más habilidosa, comía expeditivamente. Con fastidio observó Javier:

—Comer así, no vale la pena.

—Vale. Que uno de nosotros se debilite sería lo peor que podría pasarnos. Te sobra inteligencia: apuesto que muy pronto vas a encontrarles la vuelta a estos almuerzos más allá de la estratósfera.

Javier replicó:

—No. ¿Cómo se te ocurre? Que buena parte de la comida se ponga a volar por el cuarto, lo que parece inevitable, me desconcierta y enfurece.

Acaso por no tomar el café, acaso por los nervios que tuvo durante las horas en que piloteó, Javier luchaba contra el sueño. Margarita lo advirtió y dijo:

—Ver cómo se te cierran los ojos van a darme ganas de dormir.

Lo más prudente es que vuelvas al otro cuarto. No sabés como te envidio.

Con un beso lo despertó.

12

La tristeza, la inquietud, el tedio, de encontrarse de nuevo solo, sin nada que hacer en ese habitáculo, suprimió el sueño. Almagro pensó: «Tal vez el gran remedio sea la lectura».

Trabajosamente, para que las cosas no se le escaparan volando, buscó en la valija el *Martín Fierro*. No bien lo encontró se puso a leer los primeros versos:

*Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que al hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.*

Se identificó por un segundo nomás, con el cantor de estos versos; admitió, poco después, que a él no lo desvelaba, afortunadamente, ninguna pena extraordinaria, cruz diablo, pero sí la desazón de estar solo, desocupado, a miles de metros de altura y tan cerca de la mujer querida... De pronto reaccionó, se sobrepuso al desaliento. Comprendió que nada se oponía a que diera comienzo a la tarea que le habían encomendado, por la que tenía un lugar en esa nave. Empezó, pues, a escribir para el diario en que trabajaba la relación del insólito viaje emprendido.

Escribió con satisfacción, porque se figuró que al hacerlo olvidaría temores y angustias. Inició su escrito con una aclaración y un dato esencial. Dijo: «Mi viaje es la más ambiciosa exploración interplanetaria acometida por el hombre y nuestra meta será descender en el planeta número 14». Aclaró que el número 1 se dio a la tierra y que a los demás planetas se les ha dado el número correspondiente a su descubrimiento, según el orden cronológico.

Transcurrieron los días y las noches; él se enteraba de que era de día por no poder acercarse al ojo de buey sin que la luz del sol lo quemara.

En algún momento flaqueó su ánimo. Se preguntó: «Si hubiera sabido que yo iba a pasar la mayor parte del tiempo en este horrible habitáculo, solo, separado de Margarita ¿hubiera venido?». Después de una breve reflexión, moviendo la cabeza murmuró: «Qué le vamos a hacer. Creo que sí».

Escribió en su diario: «Lo peor es cómo dura el tiempo de no hacer nada. Después de nueve horas... después de ocho, cuando tengo mucha suerte». «Aquí paso la vida esperando», pensó, «pero después de la espera está Margarita. Debo considerarme privilegiado». Por no saber qué hacer consigo mismo, abrió el armario, que estaba vacío, y después revisó los cajones. En uno encontró un proyector cinematográfico, no más grande que una cámara corriente. Buscó en vano una pantalla hasta que pronto comprendió que ese rectángulo blanco en una de las paredes, podía servir de pantalla. Apagó la luz. Puso en funcionamiento el proyector que sostenía con ambas manos, y en el rectángulo blanco apareció una película cómica, lo que Javier celebró. Se trataba de una de las consabidas comedias en que hay una persecución, rica en peripecias. En ella los malos, en un automóvil, persiguen a los buenos, en otro automóvil, a través de las interminables curvas de un camino de montaña. De pronto el auto de los buenos rebasa el camino y queda oculto de los perseguidores, frágilmente sostenido por las ramas de un árbol, asomado al abismo.

La situación angustió a Javier. Pensó que por estar viajando en una nave interplanetaria no le convenía tener en la mente imágenes como ésta. Trató de olvidarla; se dijo que recordar la escena probablemente trajera mala suerte.

A veces pareciera que la realidad se empeña en confirmar supersticiones. Todo sucedió en menos tiempo del que me lleva contarlo: una explosión poco estridente, un cabeceo de la nave, un tirón en los pies, la apertura de la portezuela del habitáculo, el irreprimible, alarmante paso al vacío y ver con alivio que se abre el paracaídas y que la velocidad del descenso disminuye. Sólo entonces pensó en Margarita y la divisó a lo lejos, colgada de su paracaídas.

A continuación pudo ver que del techo de la nave surgía, abriéndose, un gigantesco paracaídas. Javier se preguntó: «¿Por qué nos proyectó a nosotros dos fuera de la nave, si el paracaídas de ésta le asegura un lento descenso?». Recapitó: «Porque nada funciona del todo bien en este mundo, porque el mecanismo falló; si se abría el paracaídas de la nave no debió abrirse el nuestro».

Javier cayó con alguna suavidad en un cantero de césped, en el abra de un bosque, cerca de un lago. Muy sorprendido se preguntó: «¿Después de tantos días de viaje llegué a Palermo? ¿Estaré en el bosque de Palermo?».

Se encaminó hacia donde debía estar la avenida Sarmiento y muy pronto llegó, efectivamente, a una avenida. Algo, no sabía qué, lo llevaba a pensar que ésa no era la avenida Sarmiento de Buenos Aires. Miró hacia la izquierda y, como no vio el Monumento de los Españoles, comprendió que estaba en una ciudad desconocida. Tuvo miedo. Miró a su alrededor como si de ese modo pudiera averiguar dónde estaba y divisó a lo lejos a una multitud de seres, más o menos ocultos entre los árboles, que progresivamente lo cercaban.

Asustado se dijo que no eran hombres, sino pájaros muy altos y cubiertos de plumas. Cuando el cerco se estrechó, advirtió que todos tenían pico y que entre ellos había seres de dos especies, unos muy altos, corpulentos, y otros que ahora parecían chicos, tal vez porque estaban al lado de los más grandes; en resumen, todos eran más altos que los hombres y bastante parecidos a los pájaros. Alrededor del pico tenían una cara no muy distinta de la nuestra y debajo de las alas ocultaban brazos cortos, provistos de manos. Abrigados por las plumas quizá nunca necesitaron inventar el traje.

Lo rodearon de muy cerca. Ne lo golpearon; quizá evitaban tocarlo, con movimientos de la cabeza y de las alas parecían indicarle que avanzara en determinada dirección: obedeció, de modo que la masa de pájaros, con un breve círculo vacío, en cuyo centre se encontraba Almagro, se trasladó hasta las puertas abiertas de un vehículo con *trolley*. Cuando Javier entró en la caja, cerraron la puerta y poco después el vehículo se puso en marcha. Tras un recorrido que no duró más de diez minutos, el vehículo se detuvo, sus captores abrieron las puertas de la caja y con ademanes de las alas le indicaron que bajara. Estaban junto a un amplio edificio sin ventanas y con un pórtico al frente. Siempre rodeándolo y, con precauciones para no tocarlo, traspusieron los pájaros el pórtico y penetraron con él en el edificio. Ahí, otros pájaros, con guantes y una suerte de barbijo en el pico lo condujeron por corredores iluminados hasta un cuartito donde había una suerte de diván. Porque estaba cansado Almagro se echó en él. Creyó advertir que los pájaros aprobaron el acto.

Despertó con frío y con hambre. Miró al pájaro que lo vigilaba e intentó por una excesiva mímica remedar la acción de comer. El pájaro pareció indicarle que esperara y apresuradamente se retiró.

Almagro se incorporó. Tratando de no hacer ruido caminó hasta la puerta. Intentó abrirla. No pudo.

Pocos minutos después volvió el pájaro con una bandeja en la que había tres bolitas y un recipiente con agua. «Si aquí hay agua, podré sobrevivir», se dijo y, con ademanes, preguntó qué hacer con las bolitas; con ademanes le contestaron «comerlas». Obedeció y después de la segunda bolita sintió que estaba satisfecho; demasiado satisfecho, quizá. Con gran placer bebió el agua. Si no fuera por el frío, se hubiera creído feliz.

Como lo tenían encerrado y lo atendían con benevolencia, Almagro conjeturó que estaba en cuarentena. Probablemente no se equivocaba.

Un pájaro alto y corpulento que a veces le traía comida, tenía una barriga prominente y en punta. Almagro dedujo primero que era hembra, después que estaba embarazada y que en ese mundo las hembras eran más altas y más corpulentas que los machos.

Pasaron los días. Por entonces una hembra sin barriga prominente lo atendió con afectuoso esmero. Almagro comprendió que era su nueva enfermera y llegó a sentir por ella un cariño que procedía de gratitud. Pensó que debía felicitarla: en su desamparo ¿cabía mejor suerte que la de tener per enfermera a una hembra que lo miraba con buenos ojos? Eso mismo, sin embargo, fue motivo de pesar para Almagro. Se dijo que no sería de extrañar que si la oportunidad se presentara, sin escrúpulos la usase para que lo ayudara a fugarse. Ese pensamiento lo llevó a la idea de que un día podía fugarse. La idea se convirtió en obsesión y un día Almagro juntó coraje y pidió a la hembra que lo ayudara a cumplir el propósito. Ella, sonriente, lo miró y le dijo, o pareció decirle, que contara los cinco dedos de una mano y dos de la otra. Pensando más rápidamente de lo que era habitual, Almagro contó sus días de cautiverio: como eran treinta y tres faltaban siete para cuarenta. Probablemente la mujer estaba diciéndole que no valía la pena arriesgarse cuando le faltaba tan poco para quedar libre. De este modo confirmó Almagro que su encierro era una cuarentena.

Desde luego, no tan sólo por estar preso deseaba fugarse; no descansaría hasta encontrar a Margarita. Prefirió pensar que probablemente ella también cumplía su cuarentena y que no andaba por las calles de la desconocida ciudad en que se encontraban, a la que suponía llena de peligros.

Como ahora contaba los días, en la mañana del día número cuarenta, la expectativa lo despertó. Tratando de sobreponerse, reflexivamente se dijo: «Veremos qué pasa». En cierto modo pasó lo que la mujer le había anunciado. Esperanzado advirtió que los pájaros que lo atendían ya no usaban guantes ni barbijo; no evitaban tocarlo, menos que nadie, la hembra. En un momento en que él se encontraba de pie, en el centro de la habitación, la hembra lo tomó de las manos, compulsivamente lo arrimó a su cuerpo, lo besó con la boca abierta, y él sintió que por momentos recibía saliva y que por momentos le bebían la suya; así estuvieron (él temía caerse) hasta que debieron alcanzar el paroxismo, porque ella gimió reiteradamente, para rechazarlo por último y arrojarse a una suerte de diván que había en el cuarto.

Perplejo Almagro la miraba preguntándose el significado de ese acto en que había participado. ¿Hacían de ese modo el amor en aquel mundo?

Al rato la hembra se incorporó, lo miró con ternura, le acarició la cara y se fue. Él tuvo la sensación de alivio, seguida de arrepentimiento: se avergonzó de pagar así el amor de la hembra; pero, en verdad, todo ello lo preocupaba poco. Sólo pensaba en el momento en que vendrían a buscarlo para llevarlo hasta la puerta y devolverle la libertad.

Como siempre le sirvieron la comida, pero él no perdió la esperanza. Por fin, cuando caía la tarde, vinieron a buscarlo. Eran un par de pájaros que había entrevisto el día de la llegada: sin duda eran médicos, probablemente, altos funcionarios, directores del hospital en que había pasado la cuarentena. Con muestras de consideración lo condujeron por corredores en dirección a la entrada del edificio, para allí desviarse a través de un gran pórtico a una sala en la que la temperatura era muy baja y donde había infinidad de plateas, algunas ocupadas por espectadores. Enmarcado por un recogido cortinado rojo, en el fondo estaba el escenario y, ahí, una mesa, unas pocas sillas, botellas y vasos. Tres pájaros que por lo corpulentos debían de ser del sexo femenino, surgieron de uno de los lados del escenario, saludaron ceremoniosamente a Javier y procedieron a desvestirlo. Pese a la resistencia que opuso en pocos minutos se halló desnudo frente al público. Dos pájaros lo sostenían de los brazos mientras que otro, con un puntero que parecía consistir en un rayo de luz roja, indicaba al público los pormenores de su cuerpo. La sesión fue larga. Sin recordar que él podía ser una rareza para habitantes de otros mundos, se sintió humillado. Además tenía frío y muy preocupadamente se preguntaba «¿No me resfriaré?».

A la noche se echó en la cama cansadísimo, como si hubiera tenido un día de excesivo ajetreo. No tardó en dormirse y pasó por vívidas pesadillas.

Al despertar se preguntó si en algún momento de ese día recuperaría la libertad. A lo largo de toda la mañana esperó en vano un signo favorable. No respiraba bien, sentía la nariz tapada.

El signo, o lo que puedo considerar un signo, llegó por fin. Le sirvieron un espléndido almuerzo. Una hora después, los mismos dos pájaros que el día anterior lo condujeron a la sala de actos, lo llevaron al *hall* de entrada; ahí sacaron sus bracitos por debajo de las alas y le estrecharon ambas manos; después abrieron el pesado portón de hierro y cristal y lo dejaron en libertad.

Por un rato se creyó feliz; después comprendió que estaba desesperado. Deambuló sin rumbo por aquella ciudad desconocida, edificada al pie de una montaña, que recordaba al Pan de Azúcar de Rio de Janeiro. Algunos transeúntes lo miraban con disimulo; todos lo miraban.

Al atardecer encontró el bosque donde días atrás había caído con el paracaídas. «Estoy a salvo» pensó jubilosamente. Entró en una glorieta y se echó en el suelo; cruzado de brazos, para defenderse del frío, consiguió el sueño.

Ya entrada la mañana despertó. Tiritando, se preguntó si lo había despertado el frío o el hambre. Se incorporó y, como no había ningún guardián por los alrededores, salió de la glorieta. Sus pasos lo llevaron hasta un banco de madera, verde, que estaba enfrente de lo que allí podría considerarse una panadería. Almagro se dejó caer en el banco y vio como un operario sacaba una alta canasta con ruedas, repleta de una suerte de panes redondos y panes alargados, a cual más atractivo. Cuando el operario volvió a su panadería, Almagro se dijo: «Ahora o nunca», cruzó la calle y arrebató un pan redondo. En ese preciso momento lo sujetó con fuerza un pájaro que parecía casi tan alto como las hembras de ese mundo, quizá por tener un muy estrecho y muy largo paletó. Mientras algunos curiosos lo rodeaban, de quién sabe dónde apareció un vehículo azul como el paletó de su captor. Lo metieron en él.

En una oficina funcionarios que pretendieron interrogarlo, no legraron hacerse entender, ni entenderlo. En otro vehículo azul lo llevaron a un edificio que le pareció un sanatorio, casi idéntico al de la cuarentena, que resultó una cárcel. Ahí lo introdujeron en un departamento, con sala de estar, dos dormitorios y baño. Ya tenía un ocupante.

Ante todo consignaremos que el ocupante fue el primer pelirrojo que Almagro vio entre todos los hombres o pájaros que poblaban aquella ciudad. Les tocó pasar juntos una larga temporada y, desde el primer momento, el pelirrojo procuró adquirir siquiera un mínimo de vocabulario castellano. El procedimiento era simple. Señalaba un banquito y miraba interrogativamente a Javier, éste decía: «banquito»; el pelirrojo trataba de repetir la palabra y a continuación escribía un conjunto de letras que, leído en voz alta por él, reproducía aproximadamente el sonido de la palabra «banquito».

Por el mismo sistema y con extraordinaria paciencia, el pelirrojo procuró enseñar los rudimentos de su lengua a Javier.

Desde un principio, el pelirrojo se había mostrado amistoso y comunicativo. Almagro desconfió. En algún momento se preguntó: «¿No tratará de sonsacarme algo que me comprometa?». En seguida reaccionó: «¿Qué secretos comprometedores puedo tener? Debo de estar muy asustado para cavilar así».

Con el tiempo Almagro supo que el pelirrojo se llamaba Grum, que estaba preso por razones políticas y que aborrecía a los actuales gobernantes de su país. Grum aseguró:

—Son malvados. Si llegan a enterarse de nuestra amistad, te perseguirán implacablemente.

Almagro quedó pensativo. Se preguntó si podría mantener una conducta atinada y sobrevivir en un país cuyas normas no entendía. En muchos aspectos eran las de cualquiera de los países occidentales; en otros, no.

De algo estaba seguro: de que Grum fuera buena persona. Pronto se enteró asimismo de que en aquel mundo se lo tenía, a pesar de pertenecer a un partido de la oposición, por pájaro influyente y bondadoso. En efecto, no le bastó a Grum sacarlo de la cárcel; lo llevó a su casa. Asegurados el techo y la comida, Almagro recuperó su buen ánimo. Por momentos llegó a creer que estaba feliz. Con un poco de empeño, encontraría a Margarita.

Mientras desayunaba —los alimentos eran extraños y sabrosos—, Almagro dijo a su amigo:

—Ahora debo encontrar a Margarita.

—Debemos —replicó Grum que estaba parado en una pata, como una cigüeña. Para empezar, ¿no tendrás un dibujo de la cara de Margarita? Convendría que fuera bastante fiel...

—Sólo esto —dijo Almagro sacando de un bolsillo una fotografía del tamaño de tarjeta postal.

Grum quedó maravillado. Probablemente nunca había visto una fotografía. Almagro agregó:

—No me la pierdas...

—Conseguiremos un buen dibujante para que saque copias —afirmó Grum.

Imprimiremos cartelones que aparecerán en todas partes, con la inscripción: *Se busca*. Debajo del retrato pondremos: *Toda información seria será gratificada* y la dirección de la casa.

—Me parece bien. Estoy agradecido, pero...

—No es bastante. De acuerdo. Hablaré con alguien de la policía. Ellos tienen medios que están fuera del alcance para un simple particular...

En esos días, con la esperanza de encontrar a Margarita, Almagro recorrió en todas direcciones aquella vasta ciudad. Los pobladores lo miraban con extrañeza. Unos, dispuestos a darle ayuda (los del partido de Grum); otros, con hostilidad perceptible. A la noche, cansado, abatido, con frío en los huesos, regresaba a la casa de Grum; pero el tiempo pasaba y aunque la buscaban con ahínco, no encontraban a Margarita.

Grum se preocupó. Esa desaparición afectaba el estado de ánimo de Almagro. Al anoecer Grum esperaba a su amigo con succulentas comidas, que este último rechazaba luego de probar uno o dos bocados. La sobremesa, en la que Almagro insistía en preguntar qué podrían hacer para dar con Margarita o quedaba callado, se prolongaba hasta las primeras horas de la madrugada, cuando cada cual partía a su dormitorio. A eso de las siete de la mañana o un poco antes, Grum oía movimientos de Javier en la cocina, donde se atareaba en preparar un desayuno, que por la ansiedad de proseguir la busca de Margarita, solía dejar intacto.

Para quebrar esa rutina morbosa, y también para que sus amigos lo conocieran, Grum consiguió llevar una tarde a Javier a una institución que en nuestro planeta llamaríamos Club de Escritores. Era un tradicional club social y deportivo al que asistían escritores de ambos sexos. Grum, por su parte, quería hablarles de Margarita, para que si se encontraban por casualidad con ella procuraran retenerla hasta que él o Almagro fueran a buscarla.

Sentados en los cómodos sillones de la biblioteca, Grum y Almagro departían amigablemente con un grupo de socios. Grum sacó el tema de Margarita, de su desaparición y de los planes para encontrarla. Almagro ansiosamente escuchaba cuando una socia que pasaba por ahí (él supo que era del sexo femenino por el tamaño y porque tenía a la altura del vientre una bolsa como la de los canguros), con movimientos del dedo índice le indicó que se acercara; tras un momento de vacilación Almagro obedeció. Acto seguido se desarrolló una escena complicada. La mujer lo tomó de las manos y, al pretender en sus labios un delicado beso, consiguió tan sólo aplicarle un cabezazo que lo dejó mareado; los otros miraban callados, con desconcierto y reprobación; alguno se retiró. Javier volvió a su asiento. Alguien observó con fastidio:

—Creo que ya no tenemos nada que decirnos.

Cuando estuvieron solos Javier preguntó qué había pasado. Grum contestó:

—No te preocupes.

Javier insistió con su pregunta. Explicó Grum:

—No tienes culpa. Les ofendió ver como esa descocada te tomaba así de la mano.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Tal vez nada, pero el acto del amor consiste en tomarse de las manos y besarse.

No son cosas que se hagan en público. ¿Ya te cansó la vida de club?

—Un poco, ¿por qué me lo preguntas?

—Es que tenía pensado proponerte que fuéramos a comer esta noche a un club...

A un club de gente menos complicada.

—Vamos donde quieras...

—Si me acompañaras a ese otro club te presentaría a mi equipo.

Explicó Grum que era dueño (por haberlo comprado en remate público) de un equipo de veinte jugadores, quince titulares y cinco suplentes, que participaba en los campeonatos y torneos del deporte más popular en aquel país. De la explicación de Grum, Almagro dedujo que el deporte en cuestión sería una suerte de *rugby*. Concluyó Grum:

—Si tu equipo gana el campeonato anual, tu situación política está asegurada por un tiempo.

Así fue. Aquella noche ambos amigos comieron en el restaurante de un club atlético muy bullicioso, con veinte osos pardos con cara de pájaro (estas palabras procuran ser la fiel descripción de los integrantes del equipo que había comprado Grum). La conversación no fue animada.

A lo largo del día siguiente los dos amigos casi no se vieron. Grum se entregó por entero a sus ocupaciones, bastante descuidadas en los últimos tiempos; Javier, hasta que lo vencía el cansancio, recorría las calles de la ciudad, en busca de Margarita. A la noche comieron juntos. En algún momento Javier inquirió:

—¿Qué sucede? Te noto preocupado.

—No, no. Todo sigue igual.

—¿Estás seguro? Me pregunto si no te enteraste de que le pasó algo malo a Margarita y no sabes cómo decírmelo.

—Para que no pienses cosas tan espantosas, te contaré que algún malintencionado contó la escena de anoche en el club...

—¿Qué escena?

—La de la mujer que te tomó de las manos.

—No creí que eso tuviera importancia.

—Yo te diría que es bastante grave. Cuentan la escena de modo que tú quedas como un perverso sexual. Yo espero que todo caiga en el olvido. Pero hay algo más. En el Centro Nacionalista de acá están preocupados por la presencia de ustedes

en este planeta y, por si no se van pronto, maquinan toda suerte de planes para obligarlos a partir, o quizá para cosas peores. Por fortuna yo conozco a un muchacho que fue discípulo mío y que ahora es miembro del Centro. Me refiere todo lo que allá se dice y aun lo que allá se planea. Yo creo que se arrepintió de estar con esa gente.

A la otra mañana salió como siempre a recorrer la ciudad en busca de Margarita. A mediodía ocupó, también come siempre, una de las sillas con mesitas que ese restaurante y bar, de nombre para él incomprensible, tenía en el pasaje. Lo atendió el patrón, porque a esa hora el personal estaba almorzando. Almagro pidió un café con *sandwiches* de miga. Por decir algo comentó:

—Es claro, yo por mi parte supongo que no toman café en esta parte del planeta y, en cuanto a los *sandwiches* de miga, le aseguro, con patriótico orgullo, que sólo existen en mi país.

—Aquí también los tenemos —afirmó el patrón. En cambio, de lo que es el café, le confieso que no tengo la menor idea.

Almagro explicó:

—Una infusión negra que habitualmente se bebe después de las comidas. ¿Soy claro?

—Muy claro. Voy a traerle una cena parecida, aunque no es negra, sino verde.

El patrón entró en su local. Después de atender a los clientes de la barra, satisfizo el pedido de Almagro.

Curiosamente la bebida verde era yerba mate o poco le faltaba.

Un rato después Almagro lo llamó para pagar la cuenta. El hombre cobró el importe y quedó un momento mirándolo sin decir nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Almagro.

—Nada, señor, nada. Por lo que me dijo o por como lo dijo, me cayó simpático. ¿Sabe? Por pura casualidad acabo de enterarme de algo que puede interesarle. Un cliente con más copas de lo debido le dijo a otro dónde estaba una persona que usted busca. La tienen presa en la cumbre de esa montaña.

El hombre señaló la cumbre de la montaña parecida al Pan de Azúcar.

Tan viva fue la emoción de oír esto, que a Javier se le nubló la vista. Sobreponiéndose dijo:

—Gracias, amigo, muchas gracias y adiós. Ahora mismo me largo allá.

—¿Arriba? No vaya solo. Sería una imprudencia.

Almagro reflexionó que hasta la noche no vería a Grum y que seguramente habría que esperar hasta el otro día para escalar la montaña. Dijo resueltamente:

—Me voy ahora mismo. Dígame si hay una calle que lleve a la cumbre.

—Como es sábado, cierro el negocio a la una. Si el señor quiere, cierre un poco antes y lo acompaño al señor...

Almagro no supo rechazar la inesperada oferta. Mientras el patrón se preparaba, pensó primero: «Hoy tengo mucha suerte» y un poco después: «¿No será este pájaro uno de esos nacionalistas de acá y no estará tendiéndome una celada?».

Trepar la montaña fue tarea más larga que lo que había supuesto y, por momentos, el vértigo lo obligaba a cerrar los ojos. Ambos escaladores se cansaron. No faltó el episodio escalofriante. En un tramo en que el sendero se estrechaba, Almagro pisó mal y, si el patrón del café, aferrado con la mano izquierda a la saliente de una roca, no lo hubiera sostenido con su mano derecha, probablemente Almagro hubiera caído al abismo; sirvió el trance para que perdiera su desconfianza al patrón del café.

En la cima había una construcción rectangular, muy baja, de color arena, con orificios que eran las puertas y las ventanas. Se habían encaminado hacia ella cuando por la puerta salieron tres o cuatro pájaros con el plumaje alborotado que lo rodearon; quiso defenderse, pero desde atrás alguien le sujetó los brazos; rápidamente se volvió: lo sujetaba el patrón del café. Éste le dijo en tono explicativo:

—Disculpe. Si usted no fuera un pájaro de ese otro mundo, no lo hubiera entregado —y, dirigiéndose a los fascinerosos que habían salido de la construcción de color de arena, agregó—: Espero que el macho no se les escape como la hembra.

Uno de los pájaros de plumaje alborotado respondió:

—Pierda cuidado. Para sacarle de aquí tendrá que venir un ejército.

Lo encerraron en un cuarto sin ventanas. El piso, las paredes, el techo, todo era de piedra. No había allí nada parecido a una cama, ni a una silla, ni a una mesa.

El hecho de que Margarita hubiera escapado le daba una leve esperanza; reflexionó, sin embargo: «Margarita es más despierta que yo. Y, por otra parte, mis carceleros, ahora pondrán todo su empeño en evitar una segunda fuga».

Pasó el día sentado en un rincón del cuarto y a la noche, cuando se acostó en el suelo, su nuca soportó mal la dura frialdad de la piedra. Al otro día despertó con la convicción de no haber dormido un solo momento; sin embargo recordó un sueño atroz: le preguntaba a Margarita cómo se las había arreglado para fugarse; conteniendo apenas la risa, ella le respondía: «No creo que vayas a darles la misma satisfacción».

Al día siguiente —y, desde entonces, todos los días— lo sacaban de mañana temprano para que trabajara dos horas en una pequeña huerta que tenían detrás de la casa y de nuevo al caer la tarde, para comer con ellos.

Las bolitas que servían eran de peor calidad que las del sanatorio donde pasó la cuarentena y, probablemente, viejas. Los carceleros comían vorazmente y sin hablar.

Contó después Almagro que durante la octava o novena comida alguien creyó oír un ruido sospechoso. Con un ademán pidió silencio. Todos los carceleros a un tiempo quedaron inmóviles, en actitud de escuchar, y luego a un tiempo, ruidosamente, apartaron las sillas, se incorporaron y salieron en tropel. Almagro vaciló primero y, después, la curiosidad le infundió fuerzas para llegar hasta la puerta que daba afuera. Absorto, con el corazón golpeando en su pecho, vio como una veintena de pájaros de aspecto más juvenil y apenas menos feroz que el de los carceleros, apaleaban a éstos con cachiporras. De pronto sonó un disparo. Almagro vio que Grum, con un brazo en alto, empuñaba un *revolver* y que gimiendo en el suelo más de un carcelero pedía que no lo mataran.

—Usted me salvó la vida —Javier dijo a Grum y lo abrazó.

Contestó Grum:

—Hice lo que debía, gracias a estos jóvenes.

Emocionado, Javier estrechó la mano de cada uno de los integrantes del equipo de Grum.

Esa noche, en cama, en su cuarto, en casa de Grum, pudo saborear por segundos el descanso y la seguridad, pero la idea de que Margarita estaba sola, expuesta a peligros implacables, lo atormentó; vencido por el cansancio, durmió por momentos; atribulados sueños con Margarita lo despertaron; el cansancio de nuevo lo adormeció y la imagen de Margarita maltratada volvía a despertarlo. Así pasó la noche.

Desayunó con Grum. A las nueve se despidieron. Javier caminó sin rumbo por la ciudad con la esperanza de encontrar a Margarita; Grum partió a sus ocupaciones habituales, pero siempre atento a la posibilidad de divisarla en alguno de sus recorridos.

Almagro no sólo advirtió que los pobladores lo miraban, sino también que entre ellos comentaban su presencia. A eso de las once tuvo hambre, entro en un café y, como si estuviera en Buenos Aires, pidió un especial de queso. El mesero que recibió el pedido se lo negó y le dijo:

—Mejor que se vaya, antes de que lo eche por la fuerza.

Al caer la tarde llegó a casa de Grum, sin perder toda esperanza de que éste hubiera encontrado a Margarita o, por lo menos, tuviera alguna noticia alentadora a su respecto.

Mientras tomaba desganadamente el desayuno, dijo a Grum:

—El aspecto de Margarita, como desde luego el mío, debe de parecer muy extravagante a los seres de aquí. ¿No es incomprendible que nadie la haya visto?

Grum, parado en una pata, moviendo la cabeza observó:

—De acuerdo, pero es probable que más de una la haya visto. Esto me lleva a confesarte algo que me tiene preocupado. Creo que entre los nacionalistas hay mucho odio contra ustedes. La circunstancia de que hayamos reprimido con éxito sus atentados, los humilla y les exacerba la xenofobia.

—Has de tener razón —contestó Javier. Debemos encontrar a Margarita antes de que le pase algo malo...

—Puedes contar conmigo —afirmó Grum—, pero no sé hasta cuando me respetarán y permitirán que te defienda. La animosidad crece... Encargué a un grupo de ingenieros amigos la puesta a punto del vehículo espacial de ustedes para que en caso de necesidad puedas huir hacia la Tierra. Ojalá que podamos esperar a Margarita.

Como todas las noches, de un tiempo a esa parte, durmió mal; no concilió el sueño hasta las primeras horas de la mañana. Para que despertara, Grum tuvo que zamarrearlo; confusamente Javier oyó que le decía:

—Hay novedades.

Despierto preguntó:

—¿Qué novedades?

Grum le dijo:

—Levántate. Quiero que los veas con tus propios ojos.

Lo llevó a la ventana. En un primer momento no advirtió nada extraño, pero después fue descubriendo que detrás de cada uno de los árboles de la vereda de enfrente había un pájaro. Grum le preguntó:

—Y ahora ¿qué me dices?

Atónito movió la cabeza y respondió:

—Te confieso que no puedo creer lo que veo.

—Yo te previne pero no me creíste.

Mirándolo en la cara Javier le dijo:

—De todos modos quiero que sepas que no me voy hasta encontrar a Margarita.

Grum respondió con tristeza:

—Temo que la situación sea insostenible... Ya veremos. Trataré de hablar con ellos. Haré lo que pueda.

Porque no sólo Grum, sino también los hechos, lo obligaban a partir, se ofuscó y dijo:

—Si mi presencia en tu casa te causa molestias, me las arreglaré para salir y buscar otra guarida.

Apenado Grum dijo:

—Eres injusto y lo sabes... Me permito, sin embargo, darte un consejo. Por ahora, mientras la situación no cambie, no salgas. Yo mismo no saldría si pudiera evitarlo.

El estado anímico de Javier era un poco absurdo. Estaba molesto por haber disentido con Grum e irritado por tener que seguir su consejo. Salir mientras todos esos pájaros vigilaban sería una locura.

Por cierto su principal motivo de irritación y tristeza era postergar la busca de Margarita.

Desesperado recurrió a tácticas supersticiosas. Pensó que si él quería que esos pájaros se fueran, no debía espiarlos; ni siquiera debía pensar en ellos. A lo mejor si procedía así, dentro de un rato, cuando mirara por una ventana, los pájaros habrían desaparecido.

No encontraba tema en qué pensar. Quizá un tema agradable fuera su amistad con Grum. Tutearse no les había resultado fácil. Durante un periodo bastante largo lo

hacían irregularmente, con involuntarios retrocesos al trato de usted; pero por último el tuteo fue para ellos natural, quizá por todo lo que había pasado, aun el desacuerdo por la insistencia de Grum en aconsejarle que partiera, había afianzado la amistad entre ellos.

Al atardecer volvió Grum a la casa con dos amigos que presentó a Javier. Eran los ingenieros que se habían ocupado de reparar el vehículo interplanetario. Uno de ellos dijo:

—Pensamos que la ingeniería en la tierra de usted debe de estar bastante desarrollada para construir un vehículo como éste. No ha sufrido demasiados desperfectos y pensamos que ahora está listo para que usted emprenda el regreso a la Tierra.

Almagro pensó: «Si Grum es cabeza dura, yo también lo soy. No me iré sin Margarita».

Cuando los ingenieros partieron, Grum comentó:

—Te aseguro que celebré tener dos amigos para volver a casa. Cuando vuelvo solo me pregunto: ¿me dejarán pasar o me atacarán?

Mientras todo esto ocurría, a Margarita la tuvieron presa. Cuando la tuvieron presa en esa casa amarilla que había en la cima de la montaña parecida al Pan de Azúcar, uno de los carceleros, llamado Mum, se enamoró de ella. Margarita nunca le dio esperanzas; el pájaro le aseguraba:

—Tarde o temprano serás mía.

No tardaron los otros carceleros en advertir la situación y en convertirse, cada uno, en rival de todos los demás. Las peleas fueron continuas y feroces, hasta el día en que Mum, para que nadie se la sacara, se escapó con Margarita.

El pájaro estaba tan orgulloso de sí mismo, que por un tiempo fue bondadoso con ella y no le exigió nada.

Paraban en la guarida de un hermano de Mum que estaba en un barrio de la ciudad parecido al de Palermo, de Buenos Aires.

La vida de ellos era monótona, con días en que miraban pasar los trenes y noches de creciente ansiedad, en que la débil mujer rechazaba los torpes intentos del varón. Angustiada, Margarita comprendió que ese ritmo de vida no podría seguir. Una tarde en que estaban sentados frente a las vías, Margarita vio aproximarse uno de esos trenes de muchos pisos que circulaban por allá y, arriesgando la vida, cruzó los rieles justamente cuando el tren iba a pasar. Era un largo tren de muchos vagones y, antes de que Mum pudiera seguirla, Margarita se internó en el bosque, encontró la glorieta en que un día se ocultó Javier y entró en ella.

Horas después, en el preciso momento en que, mirando a un lado y otro, se disponía a salir de su escondite, de atrás de un matorral salió un pájaro muy alto, vestido con un largo y estrecho paletó azul. La tomó de los brazos y señalando la glorieta preguntó algo que Margarita no supo contestar. Enojado el pájaro le puso unas esposas y la llevó a una prisión que se parecía bastante al hospital en que ella pasó la cuarentena.

Margarita se enteró de que alguien, un habitante de ese país, había acusado a las autoridades de la cárcel de retener preso a un ser, de sexo femenino, que no había cometido delito alguno. Carceleros y presos informaron de la situación a Margarita y le auguraron un pronto regreso a la libertad.

En efecto, a los pocos días, dos individuos la acompañaron hasta el portón de la cárcel y lo entreabrieron para que Margarita pudiera salir. La estaba esperando el excarcelero de la cima de la montaña parecida al Pan de Azúcar.

Evidentemente, el individuo confiaba en que Margarita le expresara gratitud. Como ella se mostró aterrada, el sujeto se enfureció. La tomó de un brazo y la arrastró hasta su casa. Ahí, con alguna calma, le dijo:

—Te doy a elegir. Serás mía y tendrás todos los lujos y las mayores muestras de respeto, o vivirás encerrada en un cuartito, un verdadero calabozo, donde comerás lo que tiremos de vez en cuando y dormirás en el suelo.

Pasó un tiempo. Un día una hembra horrible se presentó en el cuarto y dijo:

—Te aborrezco. Yo era la favorita hasta que tú apareciste aquí. Te odio también porque no sé cómo podría vengar todo el mal que me trajiste, pero como soy inteligente, con tal de librarme de ti voy a darte lo que más deseas: la libertad. Ven conmigo ahora mismo. Como te abrí la puerta del cuarto que has ocupado, te abriré la puerta de calle. Tengo un consuelo: afuera no te dejarán vivir por mucho tiempo. Nuestro pueblo ha despertado y abomina de ustedes dos; ni tu compañero; por más que un traidor lo proteja no podrá sobrevivir.

Los amigos de Grum supieron que la policía buscaba a Margarita. Grum dio la noticia a Javier; éste le dijo que saldría a buscarla. Agregó:

—Como comprenderás, yo no voy a quedarme de brazos cruzados mientras Margarita anda perdida por la ciudad y corre peligro.

—Que salgas a buscarla sería un suicidio —afirmó Grum. Muy pronto te atraparían. Me temo que en manos de ellos, no sobrevivirás por mucho tiempo.

Javier porfió. Angustiado, Grum le dijo:

—Permite que yo la busque. Las probabilidades de que la encuentre son mayores. Conozco la ciudad y a la gente de aquí. Si yo pregunto si la vieron, es posible que me digan la verdad. Tengo muchos partidarios.

Javier no pudo rebatir esas razones. Con lágrimas de afecto y gratitud vio salir a su amigo.

No había transcurrido una hora desde la partida de Grum, cuando Javier sintió que no aguantaba el encierro en la casa. Se asomó a una ventana y pudo ver que la casa ya no estaba rodeada.

Tras no pocas vacilaciones, se atrevió a salir. Aunque pasaban las horas, no lograba sobreponerse al cansancio. Finalmente se encaminó al barrio de los cinematógrafos, una suerte de calle Lavalle de aquella ciudad. En algún momento se preguntó si lo seguían y le bastó girar la cabeza para confirmar la sospecha. Sorteó filas de pájaros que esperaban el momento de entrar en los cinematógrafos y por último juntó coraje y logró incluirse en una de esas filas. Advirtió que vendían las entradas en un quiosco azul que Almagro juzgó de estilo «chinesco». Pidió a un vecino de fila que le cuidara el lugar, compró su entrada y con un suspiro jubiloso pudo refugiarse en la sala.

Las horas corrían, él casi no podía sobreponerse al cansancio, cuando se volvió y descubrió que un pájaro con el que se había cruzado un rato antes, lo seguía. Sorteó sucesivas filas de pájaros esperando entrar en los cinematógrafos, en una suerte de calle Lavalle de esa extraña ciudad; al cruzar la tercera o cuarta fila pudo librarse de su perseguidor y por fortuna logró entrar siguiendo la hilera de pájaros en un cinematógrafo que en el idioma de allá se llamaba el Astral. Al pasar por la ventanilla compró una entrada y logró refugiarse en la sala.

Tanto suspenso ejercía la película que a pesar de que los personajes eran pájaros, Almagro siguió los hechos fascinado. Al levantarse rozó al ocupante de la platea contigua y cuando iba a excusarse la luz de la sala le brindó la más feliz de las revelaciones: la persona que había ocupado la platea contigua era Margarita. Estaba jubilosa como él.

Abrazado con Margarita se encaminó a la casa de Grum. Estaban por llegar cuando un joven pájaro los detuvo. Javier pensó que sería uno de los enemigos de Grum que rodearon la casa. El muchacho le dijo:

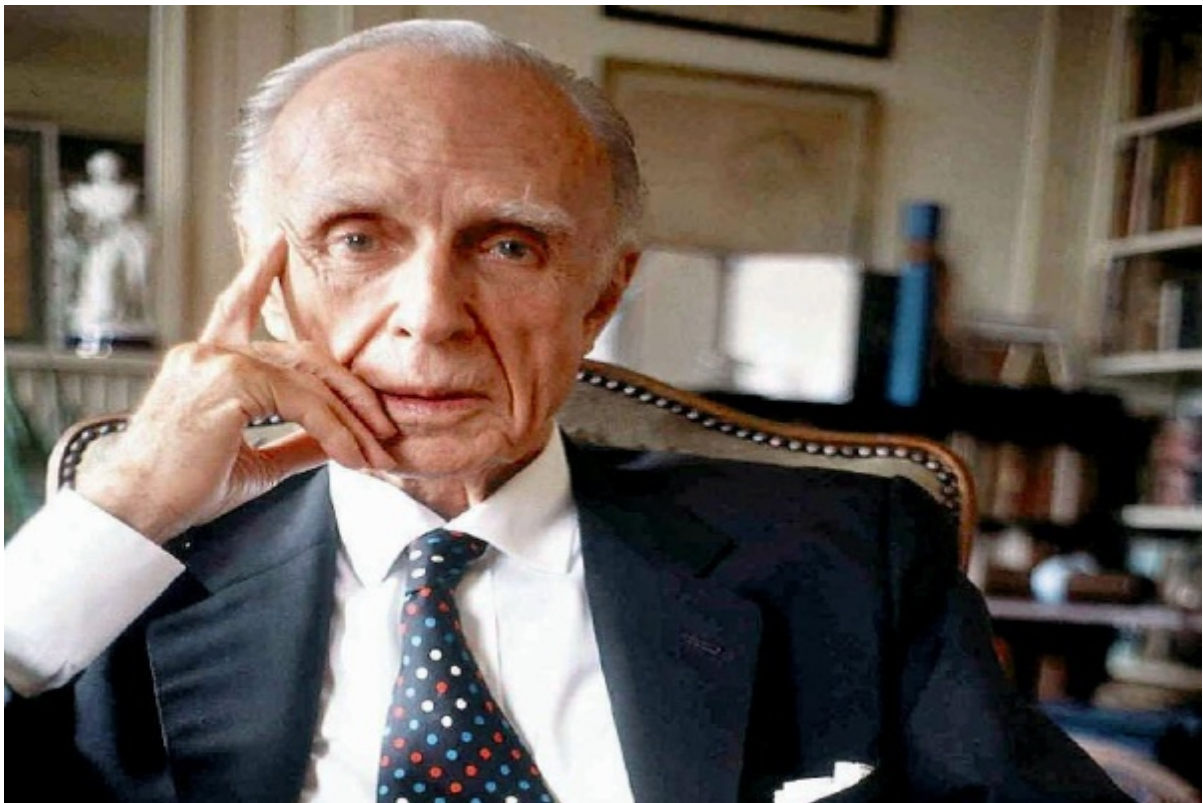
—Por culpa de ustedes mataron a nuestro maestro Grum. No le perdonaron que los protegiera.

Al ver que Almagro no podía contener el llanto, Margarita lo abrazó. El muchacho dijo:

—Porque sé muy bien lo que Grum quería, los ayudaré a partir. Síganme y los llevaré adonde tenemos escondida esa nave interplanetaria de ustedes.

Felices de emprender la fuga hacia Buenos Aires, tuvieron que sobreponerse a la angustia de seguir separados: Margarita estaba en el comando de la nave y Almagro en el habitáculo para pasajeros.

Cuando llegaron a Ezeiza, las autoridades los recibieron con todo tipo de atenciones, pero cuidándose muy bien de no tocarlos. Les explicaron que debían de tener paciencia y resignarse a que les llevaran a cada uno a un hospital donde debían pasar la cuarentena. Después nada les impediría reunirse.



ADOLFO BIOY CASARES (Buenos Aires, 1914 - 1999). Es uno de los más destacados autores de la literatura fantástica universal. Miembro de una familia de hacendados bonaerenses, en 1929 escribió *Prólogo*, manuscrito que revisó y mandó a imprimir su padre. Su temprana vocación por las letras fue estimulada por su familia, y ya en 1933 publicó el volumen de cuentos *Diecisiete disparos contra lo porvenir*.

Pronto se vinculó culturalmente al círculo cosmopolita de la revista *Sur*; su amistad con Jorge Luis Borges sería decisiva en su carrera literaria. En 1932 conoció a Borges en casa de Victoria Ocampo, y también a su hermana Silvina Ocampo, quien se convirtió en su esposa en 1940. La estrecha amistad con Borges duró hasta la muerte de éste en 1986 y dio origen a una serie de obras escritas en colaboración y firmadas con los seudónimos de B. Suárez Lynch, H. Bustos Domecq, B. Lynch Davis y Gervasio Montenegro: *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942), *Dos fantasías memorables* (1946), *Un modelo para la muerte* (1946), *Crónicas de Bustos Domecq* (1967), *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* (1977) y también a dos guiones cinematográficos, *Los orilleros* y *El Paraíso de los creyentes* (ambos de 1955).

El mismo año de su boda publicó *La invención de Morel* (1940), su obra más famosa y un clásico de la literatura contemporánea. Narrada en primera persona y ambientada en una isla desierta, en la trama se entrecruzan el delirio, la pasión amorosa y la idea de inmortalidad. Un fugitivo, cuyo nombre no se conoce, llega a una isla en la que vive Faustine, mujer de la que se enamora, aunque se limita a observarla escondido en los atardeceres. Allí el científico Morel había inventado una máquina capaz de reproducir todos los sentidos, pero para poder recrear un ser humano, éste antes tiene

que morir. El fugitivo pone en marcha la máquina y se graba durante siete días al lado de Faustine. Como estaba sentenciado, el protagonista muere, aunque será inmortal en la eterna reproducción de su imagen.

Para entonces Bioy Casares había renegado de sus escritos anteriores, entre ellos las narraciones *La estatua casera* (1936) y *Luis Greve, muerto* (1937). En la fructífera década de 1940 publicó los volúmenes de relatos *La trama celeste* (1944), *El perjurio de la nieve* (1948) y *Las vísperas de Fausto* (1949), además de la novela *Plan de evasión* (1945), que relata una diabólica propuesta del Dr. Castel, gobernador de la isla del Diablo y discípulo de William James, consistente en practicar sobre unos prisioneros una nueva teoría de la percepción. En colaboración con su mujer escribió la novela policíaca *Los que aman, odian* (1946); codirigió con J. L. Borges la prestigiosa colección del género *El Séptimo Círculo* y los tres compaginaron la *Antología de la literatura fantástica* (1940).

En el decenio de los cincuenta publicó los cuentos de *Historia prodigiosa* (1956) y *Guirnalda con amores* (1959). *El sueño de los héroes* (1954), quizás su mejor novela, narra cómo una pandilla de amigos recorre los suburbios de Buenos Aires durante los tres días del carnaval de 1927 en busca de aventuras y diversiones; años después el protagonista, Gauna, intenta regresar al pasado ignorando que el viaje puede originar el despliegue de posibilidades anteriormente evitadas.

En esta obra la geografía del barrio porteño está inmersa en un clima alucinante que vuelve a encontrarse en *Diario de la guerra del cerdo* (1969), sobre la guerra de los jóvenes contra los viejos, y en *Dormir al sol* (1973), centrada en el informe que Lucio Bordenave escribe en un sanatorio frenopático en el que ha sido confinado. Humor, ironía y parodia aparecen en los cuentos de *El lado de la sombra* (1962), *El gran Serafín* (1967) y *El héroe de las mujeres* (1978). Por otra parte, *Breve diccionario del argentino exquisito* (1971) es una observación sobre el lenguaje.

Obras posteriores de Bioy Casares son las novelas *La aventura de un fotógrafo en La Plata* (1985) y los cuentos de *Historias desafortunadas* (1986) y *Una muñeca rusa* (1991). En la década de los noventa publicó la novela *Un campeón desparejo* (1993); los libros de recuerdos *Memorias. Infancia, adolescencia y cómo se hace un escritor* (1994) y *De jardines ajenos* (1997); el volumen de cuentos *Una magia modesta* y la novela corta *De un mundo a otro* (ambos de 1998).

Su obra narrativa le valió diversos galardones, como el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) en 1975 y el Premio Cervantes en 1990. Se lo distinguió como Miembro de la Legión de Honor de Francia (1981) y Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires (1986). Fueron llevadas al cine *El perjurio de la nieve*, con el título de *El crimen de Oribe*, *Diario de la guerra del cerdo* (dirigida por Leopoldo Torre Nilsson) y *El sueño de los héroes* (con dirección de Sergio Renán).

Su obra narrativa le valió diversos galardones, como el Gran Premio de Honor de la

Sociedad Argentina de Escritores (SADE) en 1975 y el Premio Cervantes en 1990. Se lo distinguió como Miembro de la Legión de Honor de Francia (1981) y Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires (1986). Fueron llevadas al cine *El perjurio de la nieve*, con el título de *El crimen de Oribe, Diario de la guerra del cerdo* (dirigida por Leopoldo Torre Nilsson) y *El sueño de los héroes* (con dirección de Sergio Renán).

La narrativa de Bioy Casares se caracteriza por un racionalismo calculado y por un anhelo de geometrizar sus composiciones literarias. El contrapunto a este afán ordenador viene dado por un constante uso de la paradoja y por un agudísimo sentido del humor. Para Bioy, el mundo está hecho de infinitos submundos, a la manera de las muñecas rusas, y la barrera entre verdad y apariencia es sumamente endeble, como se revela especialmente en las ya citadas obras *La invención de Morel* (1940), *Plan de evasión* (1945), *La trama celeste* (1948) o *El sueño de los héroes* (1954).

La aparición de *La invención de Morel* situó inmediatamente a Bioy Casares entre los primeros que en la Argentina abordaron con maestría el género fantástico; de hecho, esa novela actuó como referencia insoslayable para las siguientes generaciones de escritores, que se interesaron por conocer y profundizar en las estrategias del género. *La invención de* es una historia de amor en la que los enamorados viven vidas incompatibles, que transcurren en ámbitos y tiempos enfrentados. Uno de ellos, el fugitivo, es un hombre real de carne y hueso; el otro, Faustine, es un fantasma, el repertorio de apariencias de una mujer grabadas por la máquina de Morel y proyectadas sin cesar. Años más tarde, en *La trama celeste*, Bioy insistirá en entablar curiosas relaciones entre realidades en principio incompatibles, dibujadas sobre un tejido de espacios y tiempos paralelos.

En general, en las novelas y los relatos de Bioy se cuestionan de modo obsesivo y recurrente los estatutos del orden espacial y temporal. Sus personajes se presentan atrapados por fantasmagóricas tramas, obligados a descifrar la compleja estructura de las percepciones, en las que las misteriosas combinaciones entre realidad y apariencia rigen sus existencias cotidianas. Además de un hábil y exquisito manejo del humor y la ironía, la prosa de Bioy Casares suele ser considerada como una de las más depuradas y elegantes que ha dado la literatura latinoamericana.